

873  
Q

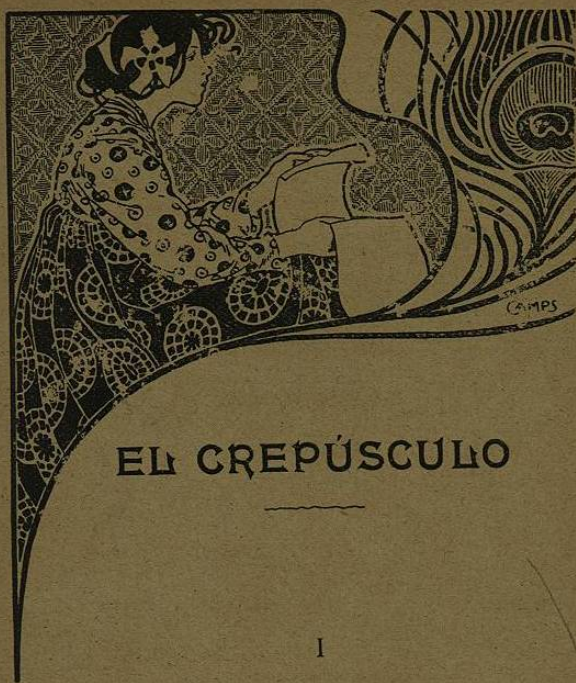
PQ 2378

.Q3

C78

1904

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS



## EL CREPÚSCULO

I

Mientras Ténéran hablaba en la gran sala del pabellón de Enrique IV, entre los sesenta comensales reunidos para festejar la medalla de honor conferida á Mels de Feutraït, el cebrado pintor de los frescos del Panteón, reinaba un silencio de aguzada curiosidad. Todos los semblantes convergían hacia el orador, mostrando en la brillantez de los ojos y en la movilidad de las facciones, la corriente de simpática comprensión que las unía en un común acuerdo. La voz de Ténéran, de timbre algo cascado, subrayaba con agradable habilidad

las frases de su brindis amistosamente irónico. Y causaba un delicado placer á aquellos artistas, literatos, actores y hombres de mundo, reunidos en aquel restaurant suburbano por su común admiración hacia el maestro, medir el vuelo de las silbadoras flechas, con las cuales, por encima de la cabeza de su amigo, Ténéran acriballaba al Instituto, su obsesión. El rostro ascético del crítico de arte se coloreaba de alegría; y á través de los cristales de sus lentes, sus ojos chispeaban.

—Observa á Ténéran,—dijo al oído de su vecina una joven morena de fisonomía irregular, pero simpática,—sus cejas se fruncen, sus labios se entreabren, parece una hiena...

—Es qué está desgarrando un cadáver,—respondió riendo Celia Bazin, la literata, célebre apóstol del feminismo.—Ya sabes, Teresa, mi debilidad por Ténéran. Es un sensitivo exquisito, y además ¡ha sido y es todavía tan desgraciado!

—¡Oh! ¡Para ti todo el que sufre se convierte en objeto sagrado!

—Es verdad,—dijo gravemente Celia Bazin,—el sufrimiento es el mayor de los títulos á mi simpatía. Los dichosos no me interesan. Tienen demasiado mundo á su disposición para que puedan gozar entre sí. Yo me reservo para la miseria y el dolor.

—Es singular, Celia, que con esas ideas no te hayas hecho hermana de la caridad...

—¡Yo no tengo religión!—dijo con indife-

rencia Celia Bazin.—Y por otra parte, he prestado más servicios á la humanidad permaneciendo libre...

Una tempestad de bravos y aplausos interrumpió á las dos mujeres. Mels, acababa de levantarse para contestar á Ténéran. Alto, proporcionado, de rasgos regulares, y de pelo negro algo encanecido en las sienes, el maestro, á cincuenta años, conservaba todas las apariencias de la juventud. Había sido muy guapo, con una gracia viril y robusta. Y de pie, dominando toda la asamblea con la amplitud de sus movimientos, llenando la sala con su sonora voz, presentábase á las miradas como un magnífico triunfador.

—Ahora te toca á ti fijarte en Mels,—dijo Celia Bazin, á su amiga.—Está verdaderamente espléndido y debes sentirte enorgullecida por él. Si Ténéran es la hiena... Mels, es sin duda alguna el león...

Teresa Aufridi, la discípula preferida y amada tiernamente por el maestro, levantó su tranquila mirada hacia el pintor, y con voz reposada contestó:

—Está en su elemento. Las aclamaciones, los ditirambos, las fiestas, la lisonja, el incienso, todas esas bullidoras manifestaciones que son objeto de las crónicas al día siguiente, constituyen su manera de ser. En este momento está viviendo minutos deliciosos, viéndose objeto de esos artificiosos cumplidos de esas falsas felicitaciones, de toda esa gente que

le odia en el fondo, que le envidia, y que sólo ha venido para ser citada en las gacetillas de los periódicos, ó para presentarse desde ahora candidata á las funciones de que es titular Mels y á los honores que recibe. ¿ Crees que ni uno solo de los que pululan alrededor del pobre Mels, enternecido hasta derramar lágrimas, viéndose acariciado y aclamado por todos esos comensales de quienes no alcanza á adivinar las restricciones mentales y las preocupaciones egoístas, ha venido para el triunfador?... ¡ Celia, me sorprendes por tu ingenuidad!

—No me pesa que así me califiques; esto me rejuvenece, — dijo la literata sonriendo... — Pero al fin y al cabo, tú, Ténéran y Mayrault, estáis aquí para festejar á Mels con toda la sinceridad de vuestro corazón.

—Ténéran, Mayrault y yo, sí. Y además hubiera llamado mucho la atención si no hubiésemos asistido Ténéran, el compañero de infancia de Mels, yo, su pupila, y Mayrault su discípulo... Pero preferiríamos, no lo dudes, hallarnos sólo con él, á estar en medio de esta muchedumbre... Aquí no hay sinceridad...

Como si una corriente simpática hubiese enlazado el pensamiento de Teresa con el de Daniel Mayrault, el joven pintor, sentado en el otro extremo de la mesa entre los periodistas, dirigió una sonrisa resignada á las dos mujeres. Era un guapo mozo rubio, de pelo

corto y rizado, de ojos azules y una pequeña barba de oro. Su aspecto era dulce y reflexivo. Oía, distraído, las palabras del maestro, pensando tal vez, como Teresa, que toda aquella ceremonia no era más que un espectáculo ruidoso y vano, cuyo término sería un alivio para cuantos en ella tomaban parte.

Prodújose un gran tumulto, aclamaciones y aplausos coronaron el final del discurso de Mels, y en alegre desorden los asistentes se levantaron para pasar al salón inmediato donde les esperaba el café. Celia y Teresa, alcanzadas bien pronto por Ténéran y Mayrault quedáronse rezagadas, dejando que los más presurosos, envueltos en el humo de los cigarrillos que encendían á toda prisa, invadiesen el vasto salón, donde Mels, á merced del director de Bellas Artes, oficiaba con su aspecto más pontifical. Aprovechando una puerta entreabierta y una propicia escalera que se abría ante ellos, en pocos segundos halláronse en el patio del restaurant, y luego en la terraza de San Germán.

Eran próximamente las dos, y entre los resplandores de un hermoso día de verano, París, á lo lejos, desplegaba su inmensidad de piedra. En primer término, el Sena se deslizaba entre sus dos orillas cubiertas de vegetación, y la llanura, sembrada de frescos grupos de árboles, se extendía envuelta en el polvo de oro del sol. Era un cuadro maravilloso que absorbía las miradas y templaba la imagina-

ción. Apoyados en la balaustrada, acariciados por la dulzura de aquel hemoso día, los cuatro amigos contemplaban silenciosamente aquel espectáculo. Al cabo de algunos minutos Ténéran exclamó:

—¡Es endiabladamente hermoso! ¡Quién es capaz de reproducir esto! ¿Se ha fijado, Mayrault en esta vribante fluidez del aire, en esta manera de desarrollarse las masas, en este valor sucesivo de los términos? ¿Quién se atrevería, entre nuestros mejores paisajistas actuales, á abordar tamañas dificultades? Y, sin embargo, los grandes pintores antiguos no vacilaban en tratar el cuadro panorámico. Ruysdaël y Claudio de Lorena nos dejaron admirables modelos. Siempre era algo más interesante que el techo de paja á la derecha, el charco con los patos y un árbol á la izquierda y un pequeño espacio de cielo entre ambos. Pero, ¡qué diantre! es menos fácil.

—¡No hay nada fácil!—dijo Mayrault—y todo es interesante. Lo que importa es impresionarse ante la naturaleza y saber transmitir esa impresión al público.

—¡Bien dicho, muchacho!—exclamó Ténéran.—Este es simplemente el secreto del arte grandè. Sí, amiguito, ser ingenuo y estar convencido, no preocuparse de las triquiñuelas del oficio, y hacer religiosamente lo que se ve, con un poco de sentido común. ¡Perfectamente! Pero con esas cualidades se obtiene un

Quentin, un Metzis ó un Antonio Moro. ¡No es poco, que digamos!

—¡Qué fastidioso es usted, Ténéran!—dijo Celia Bazin.—No podría olvidar por un instante, sus preocupaciones profesionales.

—Me es muy difícil,—respondió el crítico con tranquilidad.—He llegado á la certidumbre absoluta de que todo es vanidad, en la vida, excepto las convicciones estéticas. El amor es un engaño, la borrachera una abdicación, el juego una tontería. ¿Qué queda, pues, para hacer soportable la existencia á la miserable criatura pensante, sino el culto de la belleza? Esto es el arte. Si me quita usted este supremo y divino recurso, prefiero arrojarme en seguida al Sena que discurre á nuestros pies. Porque soy absolutamente incapaz de ocuparme con gusto de este desperdicio social que llaman Ténéran...

Teresa sonrió y meneando la cabeza:

—Hoy tiene usted mal día... ¿Qué siniestro suceso le ha ocurrido, mi buen amigo? ¿Será la fiesta oficial que acabamos de presenciar la que le ha puesto de tan mal humor?

—En efecto, esos festejos artificiosos, me entristecen cada día más, por su hipocresía. Pero son más bien las reflexiones que me he hecho relativas á Mels, durante el banquete, las que han obscurecido mi espíritu.

—Explíquenoslas usted,—insistió Celia Bazin.—Porque, no obstante sus ideas, la apotheosis ha sido hermosa.

¡Precisamente! Con la ausencia de sentido analítico que caracteriza á Mels, me temo que tome en serio todo ese ruido. Si se le suben á la cabeza las alabanzas que le han dedicado, será preciso que se las arranque, y sin tardanza. Su carácter no está dispuesto para sufrir tranquilamente esa prueba, y la bajada del Capitolio será muy dura para él. Mientras oía hablar á sus rivales, á sus compañeros y á sus enemigos, pues de todo había hoy á su alrededor, sacaba entre mí la cuenta de las decepciones que esperan á nuestro amigo y me preguntaba, al verle tan sensible á la gloria, cómo soportaría su pérdida.

—¿Y porqué debería perderla?—preguntó con sinceridad Mayrault.

—Porque cada uno de nosotros sólo goza de una hora brillante, después de la cual vienen las horas tristes. Lo más hermoso sería, amiguito Mayrault, morir en la plenitud del talento, en el apogeo de la carrera. Para el artista, no hay destino más envidiable que el de Rafael, que desapareció después de haber producido algunas obras maestras, sin dar tiempo á sus discípulos de que le igualaran ó superaran... Pero el creador de belleza, el inventor de ficciones, el pintor ó el poeta que sobrevive á sí mismo... Al desdichado que registra su cerebro como una mina agotada en la que no encuentra más que desperdicios inútiles; al iluso que traza en la tela nada más que formas huecas y descoloridas, hay que compadecerle

con toda el alma. Porque paga las horas de triunfo con años de decepción.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Celia Bazin. Durante las tres cuartas partes del tiempo, nadie apercibe su decadencia... Recuerde la historia de Gil Blas y del arzobispo de Granada... Cuando se advierte al escritor que sus últimas producciones son medianas, contesta que son las mejores...

—¡Y que somos unos envidiosos!

—Pero el público está siempre dispuesto á hacerle comprender la realidad de las cosas, separándose de él, no leyendo sus libros, ó no acudiendo á la representación de sus obras, si es un literato; no comprándole más cuadros, si es un pintor...

—¡Oh! queda siempre el recurso de decir que el público no lo entiende, que el gusto está estragado, que la Francia se halla en plena decadencia artística. La vanidad encuentra numerosos subterfugios... Y después, ¡caiga quien caiga!... Un hombre que haya tenido su hora de contrariedad, es menos digno de compasión, cuando aquella se le acaba, que el que nunca ha conocido el éxito... ¡Y los hay!

Ténéran no respondió. Miró al cielo que se teñía de gris en el lejano horizonte y pareció que se deleitaba en extremo en su contemplación. Luego sacó de su bolsillo una pipa corta de raíz de brezo y volviéndose sonriendo á las dos mujeres:

—¿Se escandalizarán ustedes si me entrego

á mis vicios groseros á la vista de este admirable panorama?

—Fumé usted, Ténéran—dijo Celia Bazin, —no nos creeremos más ofendidas que la naturaleza.

—Siendo así, hijas mías, me hallaré en mejor disposición para contestaros.

Lanzó dos intensas bocanadas de humo que se desvanecieron en el puro ambiente, y prosiguió:

—No existen personas de talento que no hayan tenido, durante su existencia, una ocasión ú otra de triunfar. Algunas no han sabido aprovecharla. Pero ninguno ha dejado de tenerla. No crean ustedes á las personas que refunfuñan: «¡Nunca he tenido suerte! Si tengo tanto talento como el tal, ¿por qué ha podido llegar él y yo no?» Si se toman ustedes el trabajo de estudiar al fracasado y su vida, encontrarán invariablemente la razón de que se haya quedado por el camino. Carencia de dirección, de valor, de administración... ¡Una causa! Hay imprescindiblemente una causa. Y no voy á citaros ejemplos en casa ajena, sino que voy á hablaros de mí.

Hubo un momento de silencio. Mayrault y las dos mujeres, de codos en la balaustrada, se miraron con inquietud. Ténéran apoyó metódicamente el pulgar en el hogar de su pipa para apretar el tabaco, y sin la menor emoción, prosiguió:

—¿Por qué, yo, Adolfo Ténéran, después

de haber dado, en los comienzos de mi carrera, las más lisonjeras esperanzas, soy el fracasado mayor de nuestros tiempos? ¿Será porque he perdido el talento? No, en absoluto. Lo tengo, y lo pruebo todos los días, mucho más que otros que están en el pináculo y que hablan de mí con indiferencia, cuando no tienen algún libro nuevo que enviarme para que yo lo dé á conocer. Pues bien; á pesar de ello, estoy fuera de juego, acabado, sin esperanzas de volver á rehabilitarme, de que los lectores me tomen en serio, y de ser para mis colegas nada más que «el bueno de Ténéran». ¿Por qué? Porque á los cuarenta años, en la hora decisiva en que me desprendía de la masa, colocándome á la cabeza de mi generación, cuando acababa de publicar una novela de sensación, después de otros diez éxitos, encontré una mujer de la que me prendé neciamente, y que hizo de mí, en algunos meses, lo que la maga Circe supo hacer de los compañeros de Ulises. Todo lo que había de ideal en mí fué destruído por mi estúpido amor á la mujer á quien cometí la locura de dar mi nombre, y que me obligó, para sostener su lujo, para satisfacer sus gustos desordenados, á trabajos inútiles pero bien remunerados en los que envilecí mi talento, degradé mi reputación, y, para decirlo de una vez, en los que aniquilé mi inteligencia por algún tiempo. Iba á tocar la meta: la gloria estaba al alcance de mi mano, una mujer me detuvo de pronto en mi carrera, y luego me hizo re-

troceder. Mis facultades creadoras se embötaron en los trabajos periodísticos magníficamente retribuídos. Acostumbráronse á verme á merced de un billete de quinientos francos. Desde entonces, he dejado de ser alguien para ser algo, y la hermosa carrera de Adolfo Ténéran se vió cerrada, sin que le fuese posible volverla á abrir. Mi mujer, después de haberme arruinado material é intelectualmente, me hizo el único favor que podía hacerme: huir de mí. Y me he quedado solo, sobre los restos de mi vida completamente malograda, sin otro consuelo que el humo de la pipa que con tanta galantería me han permitido ustedes fumar, ni más goce que el hallazgo del talento y su valerosa defensa contra los envidiosos que quieren ahogarlo. He aquí, hijos míos, la verídica historia de Adolfo Ténéran que empezó por suplantar casi á Anatolio France y enterrar á Bourget, y que no será nada, ¡ni siquiera académico!

Celia Bazin dirigió á Ténéran una mirada inteligente y amistosa, diciendo:

—¿Y qué se ha hecho de su mujer? ¿Tiene usted noticias de ella?

—¡Sin duda! No deja que la olvide. No está resentida por lo que me ha hecho.

—Es una atención que hay que agradecerle. ¿Dónde está?

—Usted quiere decir: ¿con quién está? Con un señor muy rico y muy reputado: me engaña honrosamente.

—¿Y cómo lo sabe usted todo eso?

Porque mi mujer, de vez en cuando, me da noticias suyas. Es demasiado cobarde para vivir conmigo, pero no es lo suficiente estúpida para olvidarme. Si yo fuera tan rico como el otro, ó como los otros, querría vivir conmigo. Me preferiría. Pero ya ven ustedes, como no tengo dinero... Y á pesar de cuanto se diga, el dinero es el que proporciona la felicidad.

—¡Cuénteselo usted á las personas felices!

—Ya sé que protestarían con energía. ¿Dinero? ¿Para qué? Nosotros nos amamos, somos los reyes de la tierra. Tenemos veinte años y estamos preparando una obra sublime que va á proporcionarnos la gloria. Vamos adelante con nuestra fuerza y nuestra indiferencia, embriagados con nuestro ensueño, con los ojos clavados en el cielo. ¿Y nos habla usted de dinero? Es usted un innoble fariseo, señor Ténéran. No compare su inteligencia marchita con nuestra imaginación completamente nueva. El dinero es vil ¡pobre hombre! y nosotros lo despreciamos. A lo sumo jugamos con él al hito en medio de la calle. Pero en cuanto á preocuparnos de guardarlo en nuestros bolsillos ¡eso no! ¡Está bien, hijos míos! Seguid andando por algún tiempo, y cambiaréis de modo de pensar. El camino se irá haciendo malo, ó tal vez vuestras piernas perderán su admirable agilidad, y os será preciso entrar en el albergue á descansar y refocilaros. ¿Tenéis intención de pagar al ventero

con sueños de gloria, con aspiraciones al éxito ó con ditirambos sobre el amor? Explícadle á aquel hombre, cuando os lleve la cuenta, que sois los reyes de la tierra porque sois jóvenes, y que el dinero es vil, y que lo habéis arrojado, por desprecio, á lo largo de las cunetas, porque no valía la pena de recogerlo. Y no tardaréis en ser despedidos entre injurias; si no se le ocurre llamar á los guardias de orden público. ¡Vil el dinero! ¡Tratad entonces de vivir libres, dichosos y tranquilos sin dinero! Y luego venid á decirme cómo lo habéis hecho, para que yo pueda publicar la receta. El dinero no es vil, hijos míos, ¡el dinero es Dios! Fijad bien esto en la mollera. ¡Y no lo olvidéis jamás! Uno de los más grandes escritores de nuestros tiempos, á quien le preguntaban cuál era el objeto del arte, respondió cínicamente: «¡El de ganar dinero!» Pocos tendrán la orgullosa audacia de confesarlo. Pero cuantos os digan que desprecian el dinero, mentirán. No hay nadie que lo desprecie. Y los que no lo poseen, prescinden de él únicamente porque no les queda otro remedio. Y se les llama desgraciados. Lo que no prueba que sean muy envidiables.

—Pero diga usted de una vez, Ténéran,—exclamó Mayrault con cierta impaciencia,—si tuviera que escoger usted entre el talento ó la riqueza, ¿con cuál se quedaría?

El crítico hizo un mohín burlón.

—¡Tonto! Mi vida está ahí para contestar.

¿No me has comprendido aún? He sacrificado el talento á la fortuna. No he adquirido ésta ¡y he perdido el otro! ¡Ah! ¡valdría más morir de hambre en una guardilla, creando una obra maestra, que vivir en la abundancia y producir obras insignificantes! Pero para llegar á esa completa renuncia de los placeres humanos, se necesita una virtud sublime. ¿Te sientes capaz de ella? Yo no he podido. ¿Te figuras un Juan Francisco Millet pintando las *Espigadoras* y el *Angelus*, comiendo pan seco? ¿Cuántos son capaces de tan hermoso heroísmo? Imagínate aquel grande artista muriendo de miseria, y que en sus últimos instantes, por celeste revelación ve el salón de ventas en donde su cuadro se adjudicará por seiscientos mil francos á un viejo *snoob* que ha hecho su fortuna vendiendo tejidos. ¿Qué ocurrirá en su cerebro? ¿Se alegrará pensando que su nombre alcanzará la gloria y que su obra será inmortal? ¿O sentirá el amargo remordimiento de no haber gozado, en su vida presente, del favor público y de dejar á otros el beneficio de su trabajo?

—Querido amigo,—dijo Mayrault con firmeza—toda la cuestión se reduce á esto: ¿cree usted que un artista puede crear, en medio de comodidades y tranquilidad, la obra maestra que realizaría entre contrariedades é inquietudes?

—¡Yo no lo creo! ¡Con toda sinceridad,



pienso que la pobreza es el aguijón necesario del genio!

—Pues bien,—exclamó el joven, cuyos ojos brillaron de entusiasmo—¡viva la pobreza!

Teresa Aufridi contrajo rápidamente los labios. Su dulce y límpida mirada acarició el rostro de Daniel. Tiñéronse ligeramente sus mejillas, mientras Celia Bazin, batiendo palmas, exclamaba:

—Bien dicho, Mayrault. ¡Bravo, muchacho! De un zarpazo ha rasgado todas las paradojas de ese blasfemo de Ténéran. Vaya usted, buen hombre —añadió, volviéndose hacia el escritor.— Reserve sus teorías disolventes para los lectores á quienes trata de deslumbrar ó de entontecer. ¡Ya ve usted el caso que les hacemos aquí, y el efecto que nos producen!

Calláronse. La terraza se llenaba de grupos de amigos que salían del restaurant, disponiéndose á alcanzar el tren.

Coloradote, con acento decidido, el jefe de gabinete del ministro peroraba en un corro de candidatos á la Legión de Honor, y con facilidad puramente profesional, ensartaba frases y más frases que caían en medio de un silencio de admiración.

—Mirad,—dijo Ténéran,—este hermoso espectáculo de humillación humana. Allí, alrededor de ese burócrata, hay literatos, pintores, personas de talento. Ni uno solo, por un cintajo ó una encomienda, vacilaría en arrastrarse por el polvo. ¡Ah, Mayrault!... Le ha visto á

usted, se detiene, le hace signos para que vaya hacia á él... Corra usted, pues, joven, la gloria y la riqueza le llaman, por mediación de ese hombronazo tan miope y tan charlatán... ¿No va usted? ¡Está loco! ¿Rechaza usted la ocasión que se le ofrece?

Viendo que Mayrault no parecía dispuesto á obedecer sus signos, el funcionario, despidiendo con un gesto autoritario á sus cortesanos, se adelantó hacia el grupo de los amigos de Mels.

—¡Ah! señor Mayrault,— comprendo que nos haya abandonado usted tan pronto, al terminar la comida. Estaba usted aquí en agradable compañía...

Saludó á Teresa y á Celia, y dibujó una sonrisa para Ténéran. Parecía verdaderamente más dispuesto á agradar al crítico que á las dos mujeres. Pero Ténéran permaneció impasible.

—Deseaba hablar á usted de parte del ministro, del proyecto de decoración cuya ejecución ha puesto en movimiento á todos nuestros grandes maestros... ¿Por qué no ha enviado usted un boceto?

Mayrault se ruborizó.

—El señor Mels ha concurrido para obtener ese trábajo... No me hubiera parecido justo, ni decoroso aparecer como su contrincante.

—Esto es propio de un fiel amigo...

—No, de un discípulo agradecido...

—¡Muy bien, caballero, muy bien!

El funcionario se separó á un lado con Mayrault y bajando la voz:

—No ignoramos la parte que ha tomado usted en la ejecución del proyecto de Mels... Su mano de usted se conoce en todo... En el mundo de los artistas no se habla de otra cosa... Vaya usted mañana al ministerio, el ministro desea hablarle... No deje de ir, tanto en interés de Mels como en el suyo propio... ¿ Puedo anunciarle á usted?

—Sea.

—Y no sea usted tan esquivo, querido,— prosiguió en voz alta el dispensador de gracias oficiales.—No falta quien le quiere; no vuelva usted la espalda á la fortuna...

—¡ Ah—exclamó Ténéran irónicamente,— el rehusar es un medio más seguro para obtener, que el pedir.

—Haga usted la prueba con todos aquellos que me esperan allá abajo, señor Ténéran,— dijo el funcionario, señalando la cohorte de los pedigüeños que aguardaban dispuestos á reconstituir el acompañamiento.

—Aquellos,—dijo el crítico—no deben preocuparle. Los encontrará usted siempre. ¡ Se reproducen como el cardo, á medida que se les arranca, con mayor fuerza todavía!

El funcionario, por medio de un hábil movimiento circular, logró deslizarse entre Ténéran y sus amigos. Encerró al crítico contra la balaustrada y teniéndole allí, casi á merced suya:

—Vamos á ver, querido maestro, ¿ por qué

está usted tan duro contra nuestra administración? Ha vuelto usted á atacar á los conservadores del Louvre, á propósito del último cuadro comprado en Italia.

—¡ Es un pastel putrefacto! ¡ Y se ha pagado como si fuera una obra maestra!

—Nos han engañado, lo reconozco. Hay algunos retoques en la tela, pero el conjunto es agradable... ¡ El estilo parece el de un gran maestro!

—¡ Mal copiado por un falsificador! Si sus empleados no fueran tan ignorantes, sabrían que el original de ese cuadro está en el Palazzo Rosso en Génova... ¡ Pero hay alguien que sepa nada hoy en día! ¡ Se empieza afirmando y luego vienen los informes! Servidor de usted, señor mío. ¡ Y mis felicitaciones á mis peritos!

Saludó y halló modo de reunirse con Celia y Teresa. Mayrault, que se esforzaba en atenuar los exabruptos de su amigo, dijo sonriendo:

—¡ Es el fanatismo del arte! ¡ La intención es buena.

—Desconfíe usted de los censores, amigo, nada hay tan peligroso como esos intransigentes que se pasan la vida lanzando anatemas. Son unos excéntricos que se esfuerzan en arrastrar á los demás por el camino tortuoso en que se han extraviado. Sólo se nada bien en medio de la corriente, no lo olvide usted, señor Mayrault. Usted se halla en alta mar:

permanezca ahí, no vaya usted, por benevolencia, hacia los bajíos y los escollos. Mire usted, allí viene su maestro... Hasta la vista y pronto.

Mels salía á su vez del restaurant, con una escolta de amigos y se dirigía hacia el grupo oficial. Dió las gracias por última vez, saludó y separándose de los que le rodeaban, se dirigió con cierto apresuramiento á reunirse con sus íntimos.

—¡Uf! ¡Se acabó! ¡Ya estoy libre!—dijo alegremente. Se van con el tren. ¿No iremos á acompañarles, verdad?

—¡Puedes jurarlo sin temor á equivocarte!—exclamó Ténéran. Desde esta mañana que me veo forzado á estar en su compañía, y me dan asco. Volvamos á la sencillez y á la naturalidad.

—Te habrá puesto enfermo esto de comer en el pabellón de Enrique IV, con una comitiva de camaradas,—dijo Mels, golpeando gozosamente la espalda de su amigo. ¿Ha sido mediano el *menú*? ¿O inferiores los vinos?

—Todo era excelente. ¡Pero había los comensales!

—¡Viejo gruñidor! ¡Eran mis colegas y mis discípulos! ¿Te hubiera gustado, acaso, que no hubiese acudido nadie á festejar mi medalla de honor? Entonces hubieras predicado contra la envidia y la ingratitude.

—¿De modo que tú estás contento?

—¡Mucho!

—Vamos, mejor así. Pues bien: ahora que hemos dado término á esa pequeña fiesta, vámonos á casita. Y puesto que la multitud ha tomado el tren, nosotros tomaremos el vaporcito.

—¡El último vaporcito!—dijo gozosa Celia.

—¿Y tú Teresa, te has fastidiado como Ténéran?

—Cuando oigo hablar bien de usted, no me fastidio nunca.

—¡Mi buena Teresa!

Pasó su brazo por debajo del de la simpática niña, la apretó dulcemente contra su pecho, é irguiendo su alta persona, con aire de orgullosa satisfacción, dijo:

—¿Vamos á comer juntos, no es cierto?

—¡Ah! en cuanto á esto, siempre que tu quieras.

—Entonces, vámonos. Son más de las tres. Y por caminos de atajo, bajaron hasta la orilla.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES  
"ALFONSO GARCÍA"  
1825 MONTERREY, MEXICO